

POR EL GUSTO

Juan Cruz Ruiz

DE LEER

Beatriz de Moura,
editora por vocación



www.elboomeran.com

JUAN CRUZ RUIZ
POR EL GUSTO DE LEER
Beatriz de Moura, editora por vocación

104
TIEMPO
DE MEMORIA
TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: noviembre de 2014

© Juan Cruz Ruiz, 2014

De «Cómo se hace una editorial» y «Desde aquí y ahora, y hacia delante y hacia atrás» © Beatriz de Moura Gurgel, 2014

Diseño de la colección: Lluís Clotet y Ramón Úbeda

Diseño de la cubierta: Estudio Úbeda

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-8383-972-0

Depósito legal: B. 19.398-2014

Fotocomposición: David Pablo

Impreso por Limpergraf, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

<i>Introducción:</i> Hacia delante y hacia atrás. Escuchando a Beatriz de Moura	9
Primera parte: La fuerza del catálogo	21
Segunda parte: La vocación y el oficio de editar . .	153
Tercera parte: La gente alrededor y la vida propia . .	235
<i>Apéndice:</i> Dos conferencias	
Cómo se hace una editorial (2001).	259
Desde aquí y ahora, y hacia delante y hacia atrás (2013).	277

Primera parte
La fuerza del catálogo

Fundar una editorial

¿Cómo se funda una editorial? ¿Qué te hizo imaginar que ser editora de tu propio sello iba a ser algo interesante?

No decidí fundar Tusquets porque tuviera dinero o porque tuviera un proyecto, en absoluto. Lo decidí porque me echaron de Lumen, la editorial en la que trabajaba.

¿Y qué pasó para que te echaran?

Imagino que se produjo un desajuste con Esther Tusquets, que la dirigía y que la había montado con su padre, Magín. Trabajé en Lumen desde 1963 hasta 1968. Allí fue donde conocí la profesión y aprendí todo lo que tiene que ver con el oficio. La editorial era enteramente de la familia Tusquets. La editora era Esther, y yo, la curranta. Había estado en otras editoriales, en las que trabajé para ganarme el pan, en tareas que no eran creativas. Pero cuando entré en Lumen y me empezaron a pagar un sueldo, Esther Tusquets quiso que hiciera un poco de todo, una especie de secretariado general.

¿En qué consistía ese trabajo?

En Lumen trabajaba muy poca gente. Se contaba con gente de fuera, que iba a la editorial todos los días. Yo empecé escribiendo las cartas propias de la editorial, no

las de Esther, o al menos no recuerdo que las hiciera; y enseguida ella me adjudicó el trabajo con el que más aprendí: comprar y vender derechos de autor. En aquella época comprábamos sobre todo títulos extranjeros para poder traducirlos y publicarlos. Me encantó ese trabajo, y en gran medida me ayudó a comprender la importancia de un catálogo. Porque para construir un catálogo resulta fundamental la relación con el mundo editorial exterior. Eso es lo primero que entendí y comprobé, y es lo que me hizo trabajar con un ánimo extraordinario. Sabía bastantes idiomas, estaba preparada para ello, tenía un buen carácter y empecé a hacerlo de manera muy entusiasta. Me iba muy bien el trabajo.

¿Cómo aprendiste a distinguir lo que había que comprar y lo que había que desechar?

Fue poco a poco, al ver los libros que a Esther le interesaban. Y sobre todo, trabajando junto a Antonio Vilanova, que dirigía la colección Palabra en el Tiempo. Yo le iba haciendo una selección de libros que a él le gustaran, y descubrió que eso le facilitaba la tarea. Era magnífico poder hacer ese trabajo: él me daba una lista, casi toda de autores norteamericanos de la época, grandes autores en aquel momento, y yo conseguía algo más incluso, porque nadie preguntaba por ellos en España. Lo sabía porque era lectora de toda la vida y muchos de los nombres que me pedía Vilanova yo ya los había leído. Si sólo se disponía de dinero para comprar uno o dos títulos, le recomendaba otro para que lo leyera. Con lo cual empecé a trabajar muy bien con él.

También poco a poco entré a trabajar en un núcleo donde creo que aprendí aún más. Era el núcleo de las de-

cisiones: nos reuníamos con las propuestas de Esther y de Vilanova ya cribadas. Como yo era muy ordenada y tomaba nota de todo, Vilanova quiso que asistiera a esas reuniones, por si faltaba algo. Ese era el momento sagrado de la construcción de un catálogo: la jefa, Esther, y su editor literario, Vilanova, elegían entre los libros que se podían contratar.

Ahí leían y decidían.

Pero yo ya estaba en la comidilla anterior. Era mejor aún, porque es entonces cuando cobras entusiasmo por tu trabajo: estás en ello, participas del proceso. Creo ahora que nací para hacer eso. No me veo haciendo otra cosa, la verdad. No sé hacer otra cosa. No sé si sabría, pero por suerte no tuve que averiguarlo.

Leer y decidir van juntos, ya lo habrías percibido entonces. Estás leyendo y te dices ¡este es el libro!

Pero eso no ocurre enteramente así cuando trabajas para otros.

En aquella primera etapa del aprendizaje comprobé lo importante que eran los condicionantes económicos, averiguar qué tiradas se podían hacer con uno u otro autor y decidir por cuál empezar. La última lectura la tiene que hacer el editor, el que tiene el dinero y el que manda. Y también el que asume la apuesta.

Cuentas que en una época queríais publicar muchas traducciones y os disteis cuenta de lo caras que podían resultar, que había que ir por otro lado.

Las traducciones, si son de poca venta, resultan carísimas y eso la gente no lo sabe. Siempre se dice que los libros

son muy caros; ahora cualquiera puede comprobarlo con la llegada de los soportes electrónicos. En realidad, los libros en papel no son caros; a la gente nadie le ha explicado nunca claramente cuántas personas trabajan en la confección de un libro; tampoco nadie le ha preguntado al comprador de un libro si sabe qué porcentaje le queda al editor no sólo para cubrir gastos, sino también para seguir produciendo más títulos.

¡Ahí aprendí de todo! Aprendes al tener que elegir y prescindir, y te duele en el alma que un libro que te ha gustado mucho no pueda contratarse. Como yo no era nadie en Lumen y las decisiones las tomaban sobre todo dos personas, para mí era maravilloso y doloroso a la vez que se eligieran ciertas cosas y se descartaran otras por las que yo hubiera apostado en aquel momento. Este es el momento clave, y es duro porque hay que tomar una decisión que proviene de un cálculo estrictamente económico... Por pequeña que sea, esa cuentita la tienes que hacer; es básico, para comprar los derechos de un libro que quieres editar, intuir qué puedes ganar en relación con lo que vas a invertir.

Eras una mujer de buen carácter, que te permitía buscar con paciencia, escuchar con atención y encontrar con entusiasmo, eso te he oído decir.

Buscar, escuchar, encontrar... Y además, leer, leer, leer! No había un solo segundo en el que yo no estuviera leyendo. No sé cuántos libros habré leído en mi vida. Ni ganas tengo de saberlo, porque contarlo sería una maratón. Y sería también una maratón saber los que hubiera publicado y no he podido, o los que habría leído si hubiera podido... El caso es que he leído siempre, lo que tenía que leer por fuerza, por placer, los clásicos... Leí, por

ejemplo, muchos libros de la biblioteca de mi padre, que era una biblioteca considerable. Y leyendo por gusto, estaba organizando, como tú dices, mi propio gusto literario. Por carácter he sido siempre infinitamente curiosa, he metido las narices en todas partes, he aprendido y he vivido mucho las experiencias que la vida me ha ido planteando. He corrido riesgos y me he metido en cualquier situación; no he evitado, ni siquiera, meterme donde no me llamaban, pero tampoco he rehuido ninguna experiencia vital que me alimentara el conocimiento que ya tenía de los libros. Por carácter, por manera de ser, he conseguido que mi vida y los conocimientos que iba adquiriendo se fueran tejiendo, fueran formando un pensamiento, una manera de ser.

En Lumen, en cambio, asistía a la selección que hacían Esther y Antonio Vilanova, grandes lectores. La conjunción de ambos fue extraordinaria, pues eran dos personas con mucho sentido de la literatura y de la historia de la literatura. Y fue muy importante en la construcción del catálogo de la editorial la enorme valentía del padre de Esther, Magín Tusquets, que gestionaba comedidamente, con espíritu catalán, la economía de su editorial. Magín fue un personaje fuera de lo común. Yo en Lumen estuve aprendiendo, empapándome del privilegio de estar con los tres.

Ellos partieron de una editorial religiosa...

... de la que mantuvieron durante unos años un solo libro, *A Dios por la ciencia*, que les dio muchísimo dinero. De hecho, lo vendieron durante años como churros. Prácticamente sobre este libro construyeron lo que luego fue Lumen.

Estando en Lumen, quisiste ya publicar los libros que tú misma eligieras...

Cuando llegó el momento, después de cinco años trabajando codo con codo con Esther y Magín, le ofrecí a Lumen dos pequeñas colecciones. Entonces, por razones no literarias, Esther decidió que no las quería hacer, y mucho menos que fuera yo quien las llevara. Supongo que se trató de una cuestión personal, de rivalidad quizá, pero me quedé con esas dos colecciones de libros breves en las que había trabajado mucho.

¿Te explicó algo?

Esther me dijo que los libros que yo quería publicar eran restos de la literatura que ella había hecho, de sus aciertos editoriales, con autores como Samuel Beckett, con el que yo quería empezar, precisamente. Es verdad que, por ejemplo, Beckett dejó de escribir aquellos libros tan gruesos y bastante pesados que publicaba Lumen para escribir textos cortos excelentes, joyas, libros preciosos. Era una lástima que esos textos no estuvieran en forma de libro, pensé, y reuní bastantes para la colección que bauticé como Cuadernos Marginales. Junto a ellos, pensaba en otros textos más de batalla.

Esther me acusó, no sin razón, de haberme metido donde no me llamaban, porque también quise hacer (en 1968) dos libros escritos por el Che. En aquel tiempo estaba impactada por la Revolución cubana. Era el momento dulce de la Revolución, entre 1964 y 1967, años maravillosos en los que se vivió con alegría la gran revolución final que iba a hacer feliz al mundo. Ya sabes, cuando eres joven te metes en esos tinglados... Ya me había metido también en otros líos en España y esa revolución era como una

fiesta, valía la pena luchar para que esas cosas ocurrieran en algún lugar del mundo. ¡Imagínate! Juventud, divino tesoro...

Y quisiste publicar un manual revolucionario...

Le insistí a Esther para que hiciéramos un libro que podría venderse bien, pero no sobre temas de la revolución, sino sobre los asuntos económico-políticos de Cuba. Años más tarde, me he reído mucho pensando en cómo se podía creer que un tipo como el Che, que era un revolucionario que se iba a la sierra a pegar tiros, pudiera llegar a ser un buen teórico de la economía y que además un libro así funcionara... ¡Cómo pude creer eso! Una es muy tonta cuando es joven, y seguramente Esther tuvo razón. Pero la cosa fue peor porque sobre ese libro, no sé cómo, se produjo una denuncia y la poli fue a destruirlo a la imprenta. Nos llamaron a las seis de la madrugada. Y allí fuimos, a ver cómo pasaban toda la edición por la guillotina... Quizás a raíz de eso se hartaron de mí en Lumen.

Pero tú tenías esas colecciones que Esther no quiso publicar...

Y tenía toda la fe para armarlas. Magín Tusquets me dijo, con muy buen tino, que aunque el coste y el precio de esos libros eran muy bajos, habría que imprimir muchos porque, si no, no les veía salida. Entre una cosa y otra creo que fue por lo que me echaron. Ya estaba casada desde 1964 con el arquitecto Oscar Tusquets, hijo de Magín y hermano de Esther. Él tenía acciones de las que su padre había metido en Lumen y me dijo: «Quito mis acciones de ahí y con eso trabajas en estas dos colecciones que son estupendas. Tienes que hacerlas». Me apoyó muchísimo. Como él ya trabajaba en un estudio de arquitectura, me dijo que, junto

a un amigo suyo, Lluís Clotet, me ayudaría con las cubiertas y el diseño gráfico. Y así monté, en la sala de estar de casa y dos duros, el primer Tusquets Editor, con las dos colecciones, Cuadernos Marginales y Cuadernos Ínfimos.

Una época de entusiasmo

Dices que empezaste a editar con el afán de saber más y también con la sensación de que te podías comer el mundo. Había entonces alrededor un gran entusiasmo.

Sí, pero era un entusiasmo generalizado en Europa. Quizá como consecuencia de los movimientos revolucionarios estadounidenses contra la guerra de Vietnam y el racismo, así como con los radicales cambios sociales que brotaron a raíz de fenómenos como los hippies, la no violencia, las comunas, etcétera... En Alemania, por ejemplo, surgieron también comunas libertarias, un movimiento fortísimo. Hubo también el Mayo del 68 en París. Una atmósfera muy ácrata, que hacía pensar que lo que surgiera de ello podía dar lugar a un mundo nuevo... ¿Te suena todo esto? De hecho así fue, a pesar de la involución inmediata, porque se tensaron los hilos de lo posible demasiado rápido; sin embargo, incluso en Europa, algunas cosas ya no volvieron atrás. Ni tan siquiera en España, aunque siguiéramos en aquel mundo ajeno, tan casposo... A nosotros, los treintaños, nos pilló en la edad típica en la que o haces algo, o creas tú algo, y te metes allí donde puedes progresar produciendo o contribuyendo a hacer algo, personal y socialmente, o bien pierdes casi todos los trenes.

Ese periodo es el que corresponde a lo que se llamó aquí —o sea, en Barcelona, de la Diagonal hacia arriba— la *gauche divine*. Joan de Sagarra le puso ese nombre a un grupo microscópico de personas heterogéneas, provenientes de estudios diversos aunque todos relacionados con el arte, la literatura, el pensamiento y cierta actividad política, la prensa, el diseño industrial, la moda, etcétera. Todos teníamos más o menos la misma edad y rendíamos tributo a los pocos maestros aventajados que nos habían instruido y nos acompañaban en nuestras iniciativas, fiestas, manifestaciones, etcétera. Para nosotros, Franco, ya algo enfermo y medio chocho, tenía los días contados. Nuestra generación, contrariamente a nuestros maestros de la generación de los cincuenta, sabía ya que no esperaríamos décadas a que los partidos políticos en el exilio acabaran con el dictador; intuíamos ya, en cierto modo, que moriría de muerte natural y que el «después» dependería en gran parte de nosotros, de nuestra generación.

En esta perspectiva donde se planteaba la posibilidad de hacer cosas, en ese tejido social que ya se prestaba a dejarnos intervenir. La verdad es que fue un momento histórico que había que aprovechar. No sé hasta qué punto lo vivimos conscientemente, pero en todo caso sí que nos sentíamos muy sutilmente apoyados. Lo que teníamos clarísimo era que el franquismo se acabaría, que queríamos que se acabara y que haríamos lo posible por celebrarlo. Gran parte de la gente que se mantenía en esa espera muy esperanzadora consiguió hacer cosas: arquitectos, periodistas, escritores, editores, modistos, modelos, fotógrafos, diseñadores gráficos, cineastas... Fue un momento muy interesante de vivir, en el que se aprendió mucho y en el que cada uno apoyaba al otro para que no nos quedáramos por el

camino. Eso fue muy importante, había algo no tangible ni perceptible que nos empujaba, esperanzados, a todos.

Había un compromiso, se podría decir.

No exactamente, porque a ese supuesto «grupo» (sin amos ni seguidores), muy heterogéneo, lo que nos unía era más un reto que un compromiso. Era un reto que todos alimentábamos, cada uno a su manera, tácitamente, sin cabezallas ni guías espirituales.

Me refería al compromiso con tu tiempo. No hablo de un compromiso político, intelectual o ideológico, sino un compromiso con lo que estaba ocurriendo.

Con lo que estaba ocurriendo y con lo que te sentías de acuerdo, porque había sido muy difícil hasta entonces estar de acuerdo con casi nadie. No olvidemos lo que había: un país siniestro, y las ideologías que hasta entonces habían intentado ilusionar a la juventud, y que yo viví, ya andaban debilitándose, mostrándose absolutamente ridículas en su ineficacia, en su pobre lectura de la realidad del presente cotidiano. Jamás me hubiera lanzado a hacer una editorial en casa y desde la nada de no haber existido ese ambiente en Barcelona en aquel momento. Si se mira el catálogo de los editores de aquel periodo (1967-1975), si se observa con atención la vida cultural que generaron —colecciones, traducciones, ideas, etcétera—, puede palparse esa inquietud, algo en el aire.

Todo lo que vas haciendo y absorbiendo en ese momento se convierte en una actitud que es la marca de lo que va a ser tu editorial.

De hecho todo lo que hacía estaba en función de la posible construcción de esa editorial. Eso está clarísimo.

Era muy curioso: a mi alrededor veía a escritores, poetas, periodistas, fotógrafos, todos ansiosos por poder hacer algo, por construir algo y por poder hacer su vida. Es muy difícil conseguir eso cuando no tienes apoyos.

Hoy en día cuando te refieres a apoyos, la mayoría piensa enseguida que se trata de apoyos económicos. Pues bien: en aquel momento nadie pensaba que lo primordial fuera tener o ganar dinero. Los apoyos provenían de amigos que estaban en una situación similar. Fue muy alentador. Incluso con las dificultades que había, a mí todos ellos me estimularon un montón. Y a mí, cuando me estimulan, rindo cinco veces más. Era el momento de lanzarse adelante, trabajar por cuenta propia sin que nadie te dijera lo que se podía o no se podía hacer.

Así que de trabajar para otros, de repente estás tú sola sentada ante una mesa camilla. Todo ese arranque tiene un primer día, la soledad del editor primerizo. ¿Cómo fue el momento preciso de empezar?

En aquel año de 1968-1969 yo vivía en el piso de un edificio levantado al lado de una riera, frente a La Casita Blanca, un *meublé* que fue muy importante en su día entre las parejas «pecadoras» de Barcelona. La editorial Lumen se instaló en los bajos del mismo edificio donde yo vivía, junto a esa riera que podía haberlo inundado en cualquier momento. Yo ya había empezado a salir con Oscar y nos fuimos a vivir a mi piso. Por aquella época empezaron a crearse comunas, al ejemplo de las alemanas, y allí convivimos dos parejas, cuatro personas, a las que se sumaba una avalancha de gente que entraba y salía.

Los vecinos y la propia portera del edificio nos «castigaron» muchas veces, y para que nos dejaran en paz Oscar y yo

decidimos casarnos al cabo de dos años. Aquellos setenta y dos metros cuadrados pasaron así de ser un nido de amor a una especie de comuna y de una comuna, en 1969, a un despacho de la recién fundada editorial Tusquets, a la vez que estudio de arquitectos, punto de encuentro de tertulianos, escritores, colaboradores, periodistas, etcétera. Trabajar en aquellas circunstancias era muy estimulante por un lado, pero agotador por otro. ¡Se dormía demasiado poco!

No obstante, en ese modesto pero soleado piso me quedé a vivir y a trabajar muchos años desde aquel día de un diciembre de 1968 en que, a las diez de la mañana, descorrí las cortinas y me dije: Aquí empiezo una editorial.

Ibas con la soledad del que empieza pero con una idea: la editorial ya existía en tu cabeza.

Sí, porque en ella anidaban ya dos colecciones con sus respectivos posibles títulos. Lo bueno es que ya tenía la idea escrita y los contactos idóneos ya establecidos. Para montar en aquellos años un sello editorial nuevo tenías que armar-te de paciencia hasta que te llegara del Ministerio de Información y Turismo (la palabra «Cultura» no figuraba por ningún lado, no fuera a ser que...) la primera señal de vida y te concediera el permiso para publicar el primer libro. Confieso que me da una pereza monumental, tanta como oscuro y triste era aquel edificio casi fúnebre, explicar ese periodo de espera, de viajes inútiles a Madrid, de vaga esperanza y de obstinación por las dos partes: el Ministerio por hacernos desistir y nosotros por no bajar del burro. Pasaban los meses y el poco dinero que teníamos se nos iba agotando en papeleos, viajes a Madrid, etcétera. De pronto Magín Tusquets, padre de Oscar, se ofreció, contradiciendo a su hija, a que publicáramos los primeros títulos ya contratados y traduci-

dos con el sello de Lumen y que fueran distribuidos por ellos. Y así fue hasta que nos llegó el permiso definitivo casi un año después. Pero esta ya es otra historia.

Los contactos en el extranjero, con los que ya me había relacionado durante mis años en Lumen, me apoyaron en cuanto dije que iba a montar una pequeña editorial. Durante bastantes años, fui a Frankfurt simplemente a decir que no podía pagarles, porque no había dinero, y, aun así, se fiaron de mí. Les presentaba un plan de pagos; con eso sí tenía que cumplir, como fuera, aunque, llegado el momento de afrontar un pago, eso me causara problemas económicos internos que se traducían en no cobrar mi sueldo, por ejemplo, y en hacer de tripas corazón cuando me gustaba un libro pero no tenía con qué comprar los derechos de traducción. Siempre sentí su apoyo, y a veces incluso su amistad.

Mientras los editores de fuera en cierto modo manifestaban abiertamente su fe en nuestro proyecto y me animaban, los de aquí con una palmadita en el hombro creían haber cumplido con creces.

¿Cómo era entonces la competencia a la que te sometías? En Lumen eras una asalariada, pero ahí eras una editora con otros editores alrededor y con unas responsabilidades económicas concretas. ¡Una mujer en busca de un catálogo!

Al principio todos me trataban con una sonrisita de fraile y con la palmadita en el hombro. Ellos creían que yo tenía dinero porque era hija de diplomático. Me negaba a contar a diestro y siniestro por qué a aquellas alturas hacía casi más de siete u ocho años que yo no sabía nada de mis padres. Odio a la gente que va de víctima por la vida. Como era guapa y más terca que una mula, plantaba cara

y solía mostrarme exultantemente feliz, lo cual resulta ser casi siempre muy irritante. ¡Que creyeran lo que quisieran! Porque de mi historia personal he contado muy poco. Durante años muchísima gente de la profesión creyó que no seguiría adelante. ¡Allá ellos! He seguido, no siempre del todo feliz, pero sí moderadamente contenta.

Aparte de las palmaditas en el hombro, ¿cuál era el panorama editorial? ¿Contra qué competías?

No pretendía competir, porque habría sido pretencioso hacerlo en aquellos años setenta. La verdad es que no podía hacerlo ni siquiera contra el competidor que se me apuntó desde el principio, Jorge Herralde, hijo de una familia rica de la burguesía catalana. Anagrama, la editorial fundada por Jorge el mismo año que Tusquets, tiene un excelente catálogo y lleva su ADN. Ha sido para mí en todos estos cuarenta y cinco años el rival necesario.

Allí estaba, en aquel escenario, un Carlos Barral que, en Seix Barral, había ido viento en popa desde mediados de los años cincuenta, pero que tropezó consigo mismo en los setenta, creando una situación muy dura para él. En España, él fue sin ninguna duda mi editor de referencia. Me gustaban tanto el editor que era como el personaje que representaba. En cierto modo, había que tenerlo como referencia ineludible.

En 1973 comprendí que una de las corrientes de pensamiento que en España habían sido históricamente barridas y sepultadas después de la guerra civil era la ácrata, la que reunía el pensamiento libertario, más que propiamente anarquista. Poco a poco fui leyendo ese tipo de textos.

En París conocí a Carlos Semprún, hermano menor de Jorge Semprún, y a Xavier Domingo. El primero terminó

dirigiendo nuestra colección Acracia y el segundo, un tipo excéntrico donde los haya, culto, inteligente, trotskista individualista (si es que esto fuera posible), terminó dirigiendo la colección Los 5 Sentidos.

Abriste la editorial con una ventaja sobre los demás: ya llevabas una idea, una colección, o dos. Esos Cuadernos Marginales parecían, desde el título, un manifiesto. Como los Cuadernos Ínfimos.

Aquellos textos breves, tanto literarios como ensayísticos, eran, en efecto, o querían ser, manifiestos estéticos, de pensamiento, a la vez reflexivos y provocadores.

¿Cómo fue la elección estética de la plata y el oro, para los Cuadernos Ínfimos y para los Cuadernos Marginales respectivamente?

Oscar Tusquets era y es un artista con un sentido estético extraordinario y un conocimiento del arte impresionante. Sabía que pisaba sobre seguro con él y con su amigo y socio, Lluís Clotet, otro de esos artistas a la vez imaginativos y reflexivos de los que puedes y debes fiarte en la vida. Además, ¡para Tusquets, lo hacían gratis, claro! No recuerdo bien quién eligió los colores. En aquel tiempo lo considerábamos todo —¡qué error!— una obra de todos.

Samuel Beckett y García Márquez

El primer libro de los marginales, el de Samuel Beckett, ya era un atrevimiento.

No, para mí no lo fue, porque Esther había publicado todo Beckett, yo había estado presente e incluso había edita-

do algunas de las traducciones. Por cierto, ese fue otro de mis aprendizajes: la edición de textos; Vilanova no la hacía, pero Esther hacía extraordinariamente bien la edición de textos...

Lumen publicó los inmensos y, confesémoslo, aburridísimos libros de Beckett, *Molloy*, *Malone muere*, etcétera, y, no obstante, se vendieron bien y fueron bien recibidos durante un tiempo. Luego —hasta hoy no se sabe bien por qué—, empezó a escribir únicamente textos, libros, muy breves, como el delicioso *Primer amor*, difíciles de publicar porque nadie en aquella época admitía que «aquello» fuera todo un libro.

Mi idea de Cuadernos Marginales era publicar buenos textos, breves, de grandes autores o pensadores. Píldoras, joyas. *Residua* fue así: una joya. En Lumen, yo ya había entrado en contacto con el editor de Beckett para contratar los libros que se publicaron allí, casi toda su obra extensa. Observé que Esther no había querido publicar ese librito tan breve, todavía en manuscrito, de modo que meses más tarde me lo quedé porque me lo ofreció Jérôme Lindon, su editor francés. Recuerdo que escribí directamente a Beckett para agradecerle la confianza (*Residua* no estaba publicado en Francia). Él me dijo que estaba muy contento ante la perspectiva de que yo lo publicara tal vez al mismo tiempo que en Francia y añadió que, si me gustaban, tendría la oportunidad de sacar en español sus siguientes escritos breves, ¡ya que a partir de entonces así serían todos sus textos!

A partir de ahí también pude ir incluyendo el teatro. Y aún hoy se sigue vendiendo. ¡Todo un lujo!

¿Qué impresión te causó Beckett?

Ya era una leyenda. ¿Cómo es posible que Beckett fuera secretario de otro personaje como James Joyce? Claro, te

preguntas qué es ser secretario de Joyce, qué significa realmente. Hay muchas cosas que luego vas sabiendo. Él no era dado a grandes parloteos, pero sí era un hombre de una amabilidad extrema. Yo pensaba que era un maleducado, como Joyce, por ejemplo (no lo conocí, claro, pero se decía que lo era). En cambio Beckett era muy educado, amable sin exceso. «*Ma petite*», me llamaba. «*Ma petite!*», ¿te imaginas?

Le mandaba los textos tachados por la censura preguntándole qué podríamos hacer y él me contestaba: «No te preocupes, *ma petite*», y cambiaba las palabras e incluso frases enteras, si lo consideraba necesario. Los censores, incapaces de comprender sus textos, tachaban, por ejemplo, la palabra «culo»; tranquilamente él la sustituía, por ejemplo, por «trasero». Era ridículo, pero el texto adquiría a veces todavía más agresividad. Hablé mucho con Beckett por teléfono, algo que aborrecíamos los dos (yo, en particular, porque eran conversaciones perdidas para siempre en el aire), hasta el momento en que Lindon, su editor, pasó a ser su portavoz tras decirme que se encontraba muy abatido, ¿enfermo?, nunca lo supe.

Se tiene la sensación de que Beckett era impenetrable.

No, no, era amable. Impenetrable también podría parecerlo Milan Kundera, pero, de hecho, tiene mucho sentido del humor y hemos hecho buenas migas. ¡Aunque, al igual que Beckett, es un personaje muy poco dado a hablar de sí mismo!

¡Con Beckett empezaron tus primeras discusiones con la censura!

La Censura —así, con mayúscula— estaba compuesta por antiguos guardias civiles, curas y otros seres indeseables, de hecho un batallón de gente francamente ignorante.